Al llamado del testigo Vidocq, que no responde, se manifiesta un cierto movimiento en el auditorio.

La mayor parte de los testigos no responden, porque unos no habian llegado y otros estaban momentáneamente ausentes.

Mr. de Royer, abogado general.—Nosotros no requerimos en contra de los testigos ausentes, á causa de que muchos de ellos están citados para un dia mas ó menos lejanos.

Villain.—Nosotros tenemos necesidad de que se nos presenten los testigos que nos hacen cargos.

El ugier, despues de haber llamado á los testigos que designó el procurador general, hace lo mismo con los que piden los acusados.

Raspail.—Estos testigos están citados para un dia mas lejano.

Presidente.—Se les cita segun la regularidad de los procedimientos.

Raspail.—¿No se toma providencia contra ellos por no haber asistido?

El procurador general hizo un ademan negativo.

Villain.—Como no he visto la lista de los testigos que nos hacen cargos, suplico al señor presidente se sirva mandarme esa lista, porque quiero conocerlos.

El abogado general dió cuenta á la corte de las diversas escusas que daban muchos testigos, añadiendo algunos que no ha podido encontrar, en particular uno nombrado Recurt, y un Sr. Klein deportado.

Villain.—El deportado Klein es uno de mis amigos y quisiera verlo.

Abogado general.—Klein solo ha declarado sobre el acontecimiento del 16 de Abril.

Mr. Riviere, defensor de Villain.—Insisto por la presentacion del testigo Klein.

Villain.—No se ha podido encontrar á Mr. Recurt, pero yo sé donde se halla.

Procurador general.—Mr. Recurt, está ocupado en asuntos propios en el departamento de los Pirineos orientales, y si vuelve antes del fin de los debates, no faltará en presentarse.

Blanqui.—He oido pronunciar el nombre del testigo Clesinger, quien me ha hecho un cargo muy estravagante, y así declaro que si no se presenta, seria para mí un remordimiento de conciencia.

Courtais.—Yo tengo el mas grande interes en que sea presentado el testigo Recurt, pues está al tanto de todas las deliberaciones de la comision ejecutiva, y repito que tengo mucho interés en que sea oido y muy particularmente en la declaracion que dió el 14 en la noche al testigo Rayer.

Mr. Buches, testigo.—Sé que Mr. Recurt estará de regreso dentro de dos dias, y que no faltará en presentarse aquí.

Blanqui.—Se ha hablado del testigo Klein que ha sido citado, y que solo debe declarar sobre el acontecimiento del 16 de Abril, sobre lo cual ha habido una órden de no ha lugar, y esto prueba que se quiere formar un proceso de tendencia.

Los testigos se retiran á la sala destinada para ellos.

Presidente.—Se va á proceder al interrogatorio de los acusados.

Blanqui alega concluciones declinatorias, fundándose en que el artículo 119 del código de instruccion criminal prescribe el interrogatorio de forma de los acusados.

Despues de la réplica del procurador general, la corte rechaza las conclusiones de Blanqui y ordena que se siga adelante, y que el debate tendrá lugar segun lo tenga por conveniente el señor presidente.

Presidente.—Acusado Blanqui: la autoridad concedida al presidente por la ley, no debe perjudicar á los intereses de los acusados: y al contrario, servirles escitando á la manifestacion de la verdad: así es que os incito á que respondais.

Blanqui.—Declaro que no responderé.

Albert, hace la misma declaracion.

Barbes.—Habiendo declarado ya que no reconozco vuestra autoridad, naturalmente no responderé.

Sobrier.—Yo no responderé.

Raspail.—Yo no quisiera que mi conducta redundase en reprobacion de la de mis compañeros. Acepto vuestra jurisdiccion, y me contradeciría á mí mismo si rehusase responder, y así repito que ni se debe clasificar mi manejo por una debilidad cobarde ni por una tacha á mis compañeros.

Presidente.—¿No habeis presidido un club, la víspera del 15 de Mayo, y no le habeis obligado á tomar parte en la manifestacion?

Raspail.—Se ha hecho uso de una palabra adoptada con generalidad, pero lo cierto es que no era un club, sino una academia en que yo daba lecciones públicas. En lugar de confundirse en la escuela de medicina, habia yo establecido una cátedra de profesion en la sala Montesquieu, porque está en el centro de todas las clases de la poblacion. Allí asistian cerca de tres mil personas, y entre ellas mil señoras; así es que esto no era verdaderamente un club.

En cuanto á la cuestion de la Polonia, ella de algun modo me era personal, pues desde 1838 no he perdido ninguna ocasion de sostenerla con mi pluma, habiendo en dicho año publicado un manifiesto que ha sido traducido y propalado en Polonia.

Algunos dias antes del 15 de Mayo, se apersonaron conmigo muchos polacos para que redactase una peticion en favor de su país; lejos de mí el pensamiento de rehusar á una demanda que me proporcionaba la ocasion de protestar en favor de esta Polonia que debe un dia realizar el segundo estremo de la frase de Napoleon: "Dentro de cincuenta años la Europa será republicana ó cosaca."

Yo redacté la peticion, y fué colocada por mi sobrino, el representante, en la mesa de la asamblea: Pocos dias despues supe que se preparaba una manifestacion en favor de la Polonia; y en efecto se me invitó á que asistiese mi club, al cual dí mis instrucciones, para que todos fuésemos de la comitiva organizando la gente en secciones y prohibiendo que se separase nadie de ellas; y temiendo que

la policía calificase esta manifestacion por un motin, y que la guardia nacional, no la verdadera, sino la guardia nacional de los empleados, quisiese impedirnos el paso, dije á mis amigos: "Si ellos os dirigen insultos, manifestadles que á quien ultrajan es á la Polonia, y que vosotros no los aceptais." Todo esto pasó en pleno club, y los testigos lo rectificarán.

El dia habia sido mal fijado; yo subsané esta falta y nos dirigimos al arsenal, adonde apenas llegamos cuando se me dió parte de que ya no habia tal peticion; esto me obligó á llevar la mia á la cabeza de la comitiva, precisamente para impedir un tumulto y al cual provocaba la policía; y aunque al principió vacilé, al fin, me decidió aquella consideracion, y subiendo á un coche recorrí en media hora, por las calles laterales, el gran arco de los boulevards, y llegué á la Magdalena; donde entre mucha gente honrada encontré otra porcion que no me inspiraba ninguna confianza.

Presidente.—Cuando os separásteis de vuestro club ¿qué hizo?

Raspail.—Se quedó en el arsenal, despues siguió á la comitiva.

Presidente.—Cómo habeis entrado en la sala de la asamblea nacional?

Raspail.—En la plaza de la Concordia se habia observado ya algun tumulto, y cuando llegué á la asamblea, segun lo espresa la acusacion, ya hacia una hora que estaba invadida.

Habia dicho á mi club: "antes se presentaban peticiones en la barra de la convencion; pero como

la asamblea ha retirado su barra hasta la tribuna, es preciso presentar nuestra peticion pacíficamente."

Cuando llegamos al enverjado, dije: "mi mision está terminada y no quiero seguir." Pero al retirarme me dijo un guardia nacional que el general Courtais queria hablarme. Dicho general inquirió mi nombre, y habiéndole dicho que era Raspail, me replicó que habia entrado ya una persona con el mismo nombre. Justifiqué mi identidad, y entré introducido por el general.

Yo no conocia á la asamblea nacional; y así es que llegué á una sala obscura donde estaban bailando sobre las mesas una especie de coribantos, y rompiendo la loza de cristal: les dije que era una cosa indigna, y que si era preciso ser republicano á semejante precio yo no queria serlo ya. Llamé á algunos oficiales de la guardia móvil para que impidiesen aquellos escesos, pero me contestaron que no tenian órden para ello. Entonces entré en el salon, el cual estaba tan lleno de gente que no habia un lugar donde colocarse; observé muchos empleados de la policía, los cuales he designado al juez de instruccion; pero no ha querido seguir la marcha que yo le trazaba para descubrirlos.

El mismo presidente y algunos representantes me instaron á subir á la tribuna para leer la peticion, lo que habiendo verificado bajé de aquel puesto:

Los representantes me decian: "Haced que salgan todos" y yo por mi parte hice salir á los bien intencionados; pero los de la policía no quisieron. Me hallaba sumamente fatigado porque hacia un calor terrible: Mr. Lamartine se hallaba indispuesto lo mismo que yo; al fin salí y caí sobre las gradas de la puerta.

Presidente.—¿Qué hacia vuestro club, durante este tiempo?

—Se habia quedado en la Magdalena, y desde allí me enviaban emisarios para saber la suerte que

habia corrido: yo les prescribí la calma y moderacion.

PRESIDENTE.—Cuando salísteis de la asamblea tomásteis un birloche: ¿á donde os dirigísteis?

—Al salir de la sala y estando con un oficial de la guardia nacional, se me anunció la eleccion de un gobierno provisional y ví que muchos gritaban: "viva Raspail." Estos testimonios me honran y quisiera muchos meses de prision para merecerlos.

Cuando subí al cabriolé, gritó la multitud ¡al Hotel de Ville! Yo les dije: ¿y para qué? Y ellos me respondieron, porque sois uno de los miembros del gobierno.—Si yo hubiera querido serlo, les repliqué, lo hubiera sido el 24 de Febrero: jamas he querido gobernar á los hombres porque me limito á mi trabajo y no me ocupo de eso sino de una sola idea: siempre he vivido en soledad, y he procurado responder á las consultas gratuitamente haciendo al público el bien posible. En el puente nuevo, quisieron que lo atravesase; pero conseguí que me dejaran ir por el muelle de la Volaille y de este modo ganaba terreno para alejarme. Cuando llegué al puente de Arcole, dije á los que me acompañaban: ved el hotel de Ville que no hay nada. Bajé del cabriolé, y me hallé con una nueva multitud; y como otro cabriolé que tomé, subia la montaña de Santa Genoveba al paso, la multitud se aumentaba. No quise retornar á mi casa, por no comprometer á los honrados ciudadanos que me acompañaban, y así me dirigí á la plaza del Panteon, suplicando á aquellos que se dispersasen, lo cual conseguí.

La acusacion me hace el cargo de que no me dirigí á donde estaba mi esposa en Montrouge y que me fuí con mis hijos. La acusacion hubiera debido saber que en la casa de mis hijos es donde doy consultas gratuitas á los pobres.

Me abstuve de salir por el temor de ser aun reconocido, cuando repentinamente ví llegar la buena guardia nacional de la 10.ª legion, compuesta en su mayor parte de médicos, y se colocó un centinela al pié de la escalera donde yo me encontraba. Pudiera haberme quejado de detencion arbitraria; les oía preguntar por el número 12 y al fin llegaron hasta mi persona: les ecsigí la órden de prision, que me enseñaron firmada por Mr. Marie, miembro del gobierno provisional, con quien he tenido relaciones que no debia olvidar y que ha olvidado: esto es infame.

La órden decia que se me habia visto en conciliábulo con Blanqui; y Mr. Marie deberia saber que en diez y ocho años he visto á Blanqui dos veces.

Se apoderaron, por la astucia de la policía, de mi hijo, amputado, y despues sometido á frecuentes trabajos é incomodidades, y lograron prender al padre con el hijo: esta es una infamia que quedará grabada en el bronce de la historia.

PRESIDENTE.—Si vuestra intencion al salir de la asamblea, hubiera sido reuniros á vuestros hijos, ¿cómo habeis tomado el camino del muelle y seguísteis hasta el puente de Arcole?

—Cuando salimos de la asamblea nacional, por la espalda, vimos á la guardia nacional de la 10.ª legion formada en batalla, y para no caer en el lazo debia evitarla: por lo que seguí el muelle hasta el puente de Carrousel, y allí fuí reconocido por el pueblo.

PROCURADOR GENERAL.—El acusado Raspail ha dicho que muchos representantes lo introdujeron en la sala: ¿puede nombrarlos?

RASPAIL.—En la sala de los pasos perdidos una persona que no conozco; pero que tenia autoridad, dijo: "dejad entrar á los delegados," un testigo lo rectificará.

PROCURADOR GENERAL.—El acusado Raspail subió á la tribuna para leer la peticion: ¿no oyó las protestas que de diversos puntos de la sala se elevaban contra su presencia en la tribuna?

RASPAIL.—Yo hubiera querido veros en mi lugar en medio de aquel tumulto: observé que algunos representantes se agitaban, y si los hubiera oido, les hubiera protestado que me hallaba allí para protegerlos y hacer evacuar el salon; pero eso me era imposible en la tribuna, y mucho menos oir la débil y aflautada voz del testigo Adelswerd.

Si hubiera entrado en la asamblea para derrocarla, lo diria, porque no temo de modo alguno á la prision, sino á la mentira, y si yo mintiese, seria la primera vez en mi vida.

PROCURADOR GENERAL.—Así es que os rectificais en decir, que entrásteis en el salon, introducido por el acusado Courtais.

RASPAIL.—Sí, señor; pero ya habia antes entrado otra persona bajo mi nombre.

PROCURADOR GENERAL.—Los testigos decidirán si ellos os reconocen.

RASPAIL.—Ellos nos vieron y ahora nos reconocerán; pero esto debia haberse hecho en la instruccion; pero se queria que estuviésemos en el infierno de Vincennes.

UN JURADO.—No sé si un jurado tiene derecho de hacer una pregunta.

PRESIDENTE.—Podeis hablar.

JURADO.—Pregunto al acusado Raspail, ¿de qué modo fué introducido por el acusado Courtais?

RASPAIL.—El general dijo que los delegados podian entrar, y yo entré despues de haber dicho mi nombre.

BLANQUI.—El representante que dijo que podian entrar los delegados de los clubs en la sala de sesiones, es el ciudadano Javier Durrieu.

RASPAIL.—Yo solo sé que era persona que tenia autoridad.

PROCURADOR GENERAL.—M. Durrieu está citado como testigo.

PRESIDENTE.—Acusado Flotte, ¿quereis responder á mis preguntas?

Flotte no respondió.

Se pasó al interrogatorio de Quentin. Este acusado, de aspecto jovial y de talla regordeta, tenia mas bien el aire apacible de un aldeano, que el de conspirador.

PRESIDENTE, al acusado Quentin.—¿No teniais parte en la secretaría del club Blanqui?

QUENTIN.—Yo fuí invitado por el ciudadano Javier Durrieu para que tomase parte en una reunion en que estaba el ciudadano Blanqui; pero antes del 15 de Mayo habia cesado en mis funciones de la secretaría del club. No he asistido á ninguna peticion ni proposicion. El 13 de Mayo me hallaba indispuesto á resultas de un banquete (risas) dado por la 2.ª legion de la guardia nacional á las tropas del ejército. El 15, á instancias de uno de mis amigos de Verdun, fuí á la casa de Mr. Cremieux para interesarlo en favor de aquel amigo; pero no lo encontré. Pasé en seguida á ver á Mr. Panisse en el ministerio del interior, quien se ofreció á acompañarme en un coche á la prefectura de policía. Le pedí al gefe de ella una recomendacion para un anciano militar, y me respondió que mi recomendado seria colocado. De allí tomé un omnibus para volver á mi casa, y encontré un gentío innumerable por el boulevard, y en el cual se hallaba Mr. Avril, comisario del gobierno en Calvados, el cual me dió noticia de que aquella reunion era con el objeto de hacer una peticion en favor de la Polonia, y al saber esto los fuí acompañando por aficion todo el boulevard hasta la Magdalena. En un alto que hicieron, observé á muchas personas conocidas mias, ya como electores y ya como guardias nacionales; y creyendo que una manifestacion en que figuraban estas personas no podia ser hostil á la asamblea nacional, seguí á la comitiva, siempre como aficionado.

En la plaza de la Concordia, quiso oponerse al paso un batallon de la 1.ª legion; pero era tanta la gente, que renunció á su proyecto. En la plaza misma, un batallon de la guardia móvil, se formó para franquearnos el paso. Al acercarme al enverjado de la asamblea, se abrió y entré con algunas personas; llegado que hube á la primera sala, ví á un grupo de vándalos que estaban destrozando cuanto encontraban; y viendo á uno que llevaba el uniforme de la prefectura de policía y que antes lo conocí en el séquito del corregidor de Paris, lo escité á que reprimiera aquel desórden; pero me miró sonriéndose y nada me respondió.

Entré en el salon de sesiones, donde la multitud era inmensa, y habiendo notado que un jóven de acento meridional, acompañado de otros se presentaron á Mr. Lamartine, en el momento en que salia de la asamblea, me dirigí á ellos y les dije: Si no respetais á Mr. Lamartine, respetad á lo menos el poder de que está investido, porque si destruis ese poder, ¿qué nos queda despues?

Despues encontré al representante Arago que hacia entrar á infinidad de personas vestidas de blusa y de trazas sospechosas: al verme, me dijo: "Si no sois representante, ¿con qué derecho entrais aquí? Yo le respondí, con el mismo con que haceis entrar á esos hombres."

He hecho los esfuerzos posibles para que los representantes no fuesen insultados; y aunque se me hace el cargo de haberles dicho canalla, es una espresion esa que no he usado en mi vida.

Mi conducta en ese dia y antes, ha sido la misma que tuve el 24 de Febrero, donde salvé las cajas del tesoro que contenian doscientos cincuenta millones. Es verdad que dije que esas cajas estaban llenas y que se podia abolir el inicuo impuesto de 45 céntimos. Este es mi gran crímen.

Repito que hice cuanto pude para mantener el órden, y creo que si los representantes hubieran permanecido en sus asientos, quizás no hubieran tenido efecto los sucesos que se sucedieron tan rápidamente.

Hubo desórdenes, cuya causa no conocemos; y en fin, un tal Huber subió á la tribuna y proclamó la disolucion de la asamblea.

Despues de un discurso pronunciado por Blanqui y Barbés, se oyó un ruido de tambores cuyo orígen lo causaba el batallon de la 1.ª legion, que no habiendo podido detener el torrente en la plaza de la Concordia, habia formado en la esplanada de los Inválidos, y llamado por la asamblea se acercaba á paso de carga. Entonces fué cuando Huber, que ha sido puesto en libertad despues de preso, pronunció la disolucion de la asamblea. Esta disolucion, segun mi juicio, era un crímen.

D. Vos estais acusado de haber ecsigido violentamente al presidente la órden, de que cesara la convocacion de la guardia móvil, y de haber amenazado con vuestro baston á ese distinguido ciudadano.

R. Yo tenia una pequeña varita como las que se usan en las casas para sacudir la ropa, y nunca la he usado para amenazar á nadie.

D. ¿No fuísteis á Luxembourg cuando salísteis de la asamblea?

R. Protesto sobre mi honor, que salido de allí con un fuerte dolor de cabeza, me dirigí á la esplanada de los Inválidos de donde me arrastré á una vinatería en la cual no pude tomar un refrigerio.

Me trajeron un coche simon, y preguntándome el cochero que á dónde iba, le respondí que á Luxembourg; yo no queria, pues, ir á destruir á un miembro de la comision ejecutiva, porque, ¿de qué hubiera servido habiendo cinco? (risas.) Me prometia solamente de salvar los desórdenes de la anarquía á aquellos que por el motin estaban en peligro.

Despues de haber atravesado por donde estaba la 11.ª legion, llegué á la escalera de honor de Luxembourg, allí encontré al pié de ella á un empleado con la librea de la casa, y le supliqué que me condujese ante un miembro de la comision. Bajó Mr. Arago y sin haber querido oirme, esclamó: ¿todavía tenemos aquí á un sedicioso, á uno de los que invadieron la asamblea? prendedle. "Al momento se precipitaron sobre mí, cuarenta ó cincuenta hombres, en términos que alarmado Mr. Arago gritó que no me matasen. Tuve la suerte de que un oficial de la guardia nacional, á cuya urbanidad le rindo el justo homenaje que se merece, me sacase de las manos de aquellos hombres y me preguntase si llevaba armas, le respondí que solo tenia un par de pistolas cargadas desde 1844. Allí quedé preso treinta y tantas horas, vigilado por ocho guardias nacionales, sedentarias y móviles. Despues de ese tiempo, he sido detenido víctima de un acto violento y usurpado de acusacion."

A una órden del presidente, presentó un ugier

á Quentin, un par de pistolas de las que nombran *puñetazos*. El acusado confiesa que son las suyas y afirma que estaban cargadas hacia cuatro años.

PRESIDENTE.—Hay una declaracion que afirma que estaban recien cargadas.

QUENTIN.—Y yo le respondo: que el perito ha dicho que las chimeneas eran nuevas, y es muy fácil ver, que no es cierto. Esta costumbre, quizás ridícula de llevar pistolas ha sido la mia hace mucho tiempo; de modo que las llevo, como se lleva un reloj (risas).

PROCURADOR GENERAL.—Vos habeis proferido una espresion que no podemos dejar pasar: habeis hablado de un acto violento y usurpado de acusacion.

QUENTIN.—Yo no he dicho eso por vos.

PROCURADOR GENERAL.—Yo no lo acepto ni por mí ni por otros. La declaracion del testigo dice que vos, al sacudir el enverjado de la asamblea, gritásteis: "El pueblo tiene el derecho de entrar cerca de esta canalla de representantes que quieren nulificar nuestra revolucion."

QUENTIN.—Esto es falso, y muy al contrario, he hecho cuanto he podido para proteger á los representantes, y si vos estábais allí debeis haberlo visto.

PROCURADOR GENERAL.—Yo solo hago las funciones de procurador general: otros declararán; y á propósito, recordamos que habeis dicho, que los representantes no se mantuvieron en sus puestos y que habian tomado la fuga; si esto fuese así, ¿cómo es que dijísteis al presidente de la asamblea: retiraos; que nada teneis ya que hacer aquí?

QUENTIN—Yo no he dicho semejante cosa.

PROCURADOR GENERAL.—El testigo declarará.

La acusacion cita á Degré, y va á interrogársele. Ya hemos dicho que este jóven era de hermosa talla, de un semblante franco y agradable: sus respuestas son de una ingenuidad séria y á la vez cómica, de modo que escitó con ellas la hilaridad del auditorio.

El señor presidente hizo que presentasen al acusado y el casco el uniforme de bombero que figuran en las piezas de conviccion. El acusado confesó que eran suyas.

PRESIDENTE.—¿No presidíais un club en Montargis?

—El club que formamos fué para las elecciones.

—¿Qué dia venísteis á Paris en el mes de Mayo de 1848?

—El dia 11, para asistir á la fiesta de la fraternidad.

—¿Os presentásteis en Paris en algun club?

—No, señor.

—¿Qué habeis hecho el 15 de Mayo?

—Encontré una multitud inmensa de ciudadanos con banderas, y como supe que se trataba de una demostracion en favor de la Polonia, me asocié á ella porque los polacos nos han hecho mucho bien.

—¿Cómo íbais vestido?

—Primero estaba con mi blusa; pero despues me puse mi uniforme de bombero, y entonces me pasaron á la vanguardia y á las once entré en la asamblea. Estando en el puente, un comisario de policía me impedia la entrada; pero le repliqué que era un delegado. En realidad, yo no era tal delegado, pero la peticion era magnífica y grandiosa: muchos gritaban: ¡Viva la Polonia: viva la asamblea! Yo tengo un carácter muy propenso al bien. Llegados al enverjado, se llamaban á los delegados y yo respondia: aquí estamos: tenia un deseo grande de ver á la asamblea; por fin entré; pero como tenia cierto escrúpulo de haber entrado, sin ser delegado, me salí; mas bien pronto observé que por la calle de Borgoña, entraban todos sin obstáculo alguno; y esto me incitó á volver á entrar y llegué hasta el salon; despues subí á la tribuna, y quise decir á los representantes, á los cuales veia con un semblante asustado por ese torrente de ciudadanos; porque como soy pintor soy buen fisonomista (risas)..... digo que mi intencion era decirles que si se intentaba algun desórden, habia allí muchos hombres honrados venidos de las provincias que no sufririan se faltase al respeto á la asamblea. Yo estaba conmovido, como lo estoy en este momento, porque no estoy acostumbrado.....

PRESIDENTE.—Un testigo ha declarado que habeis cometido muchos actos de violencia.

—El que ha declarado eso se ha engañado, y entonces tanto peor para él. (Risas estrepitosas en el auditorio.) No hay un motivo para reirse, esclamó el acusado.

PROCURADOR GENERAL.—El acusado tiene razon, porque en este debate todo debe ser sério.

PRESIDENTE.—Recuerdo al auditorio el respeto que se debe á los acusados.

DEGRE.—El solo modo con que puedo esplicar esta declaracion, es que viendo que no podia conseguir que se me oyese, volví á tomar bruscamente mi sable y tropecé con un señor de un aspecto muy respetable: le demostré la satisfaccion que tenia de ver á nuestros representantes; añadiéndole que era comerciante de provincia y retratista. Pues que vos estais á la cabeza del estado, debeis influir en que se reanimase el comercio. Este anciano venerable me apretó la mano como lo hace un padre con su hijo: ¡ah! sois un escelente hombre y me congratulo mucho de haberos hablado (risas).

PRESIDENTE.—¿Cómo se nombra ese representante?

—He escrito á muchas personas para saberlo; pero no me han respondido; pero hice el retrato de ese bravo hombre: miradlo, está muy parecido.

En este momento, el acusado con un aire muy satisfecho de su obra hizo presentar al tribunal un pequeño trozo de madera en el que estaba pintado el retrato de su desconocido interlocutor. Respecto á nosotros no podemos asegurar la semejanza.

PRESIDENTE.—¿Estais cierto que ese señor era un representante?

—Se hallaba á la derecha de Mr. Buches, y ese retrato debe parecérsele mucho á pesar de que solo dos minutos ví al original.

—¿A qué hora salísteis de la asamblea?

—El señor presidente decia que la asamblea no podia deliberar en medio de un tumulto, y por mi parte hice que saliera la gente, lo cual logré en parte, porque cuando uno se halla de uniforme y sabe servirse de él, siempre impone algo. Entonces hice conocimiento con el señor Abad Blanc, sugeto que no habia visto nunca, porque no me ocupaba de política sino de mis pinceles que me dan el pan. El Abad Blanc, me dijo: vos sois un bello jóven; y yo le respondí; me alegro mucho de que me juzgueis como debe ser (hilaridad). El me replicó: soy un eclesiástico; á lo cual le dije: "no hay cosa que se parezca mas á un campesino que el sacerdote que no está celebrando; ¿queréis tomar alguna cosa? ¿un vaso de aguardiente por ejemplo?—Entonces me separé de la asamblea, porque nada me obligaba á permanecer allí.

PRESIDENTE.—¿Fuisteis á la casa del ayuntamiento?

—No, señor; entré en mi casa por los muelles de la ribera izquierda; me hallaba solo, y caminaba absorbido como un pintor que necesitaba comer.

—¿Habeis dejado á Paris poco despues?

—Dos dias despues: pasé la noche en casa de Godron y al dia siguiente estuve de guardia con la compañía de Courtais en el muelle de las flores: me hallaba vestido de blusa. Cuando venia á Paris tenia la costumbre de ir á casa de Courtais á saludarlo; quien me retenia allí para evitarme gastos, porque es rico y yo soy un pobre artesano. Cuando me alojé en esa vez en casa de Godron, fué con motivo porque habia aceptado las funciones de presidente del club, y queria saber cómo me recibirian. Respecto al *Diario de Montargis*, se ha dicho que he dilapidado la fortuna de mi madre, y que habia cometido faltas vergonzosas; y por esta causa fuí en casa de Godron.

PROCURADOR GENERAL.—El acusado en su primer interrogatorio, declaró que habia entrado en la asamblea escalando el enverjado, por la parte de la plaza de Borgoña.

—He cometido una falta diciendo eso: en efecto entré la segunda vez por el enverjado de la calle de Borgoña, y á esto llamaba yo escalar.

PROCURADOR GENERAL.—El acusado ha dicho en su interrogatorio que habia penetrado allí subiéndose á las columnas que miran á la plaza de Borgoña: "Llegué, dijo, á una tribuna pública y de allí me deslicé al salon."

DEGRE.—Justamente esto es lo que yo llamé escalar, tenia siempre el prurito de ver á la asamblea, y bajé para decirle que solo se queria presentar la peticion y no causarle daño.

PROCURADOR GENERAL.—Los testigos han declarado que habeis invadido el banco del presidente y que habeis injuriado á ese personaje.

DEGRE.—No es mi carácter injuriar á nadie y menos á personas respetables. El señor presidente puede decir si lo he insultado.

PROCURADOR GENERAL.—Antes de entrar, ¿no habeis dicho: "Esto no será como el 24 de Febrero: no se nulificará esta revolucion como aquella?"

DEGRE.—Me parece que esto es un cargo proverbial que se ha hecho á todos los acusados, y creo que á doscientos mil se les ha hecho decir la misma cosa. Yo no tengo ni la naturaleza ni el carácter de Mr. Quentin á quien no conozco; y á ambos se nos atribuye la misma frase.

PRESIDENTE á Larger.—¿Conoceis á Sobrier?

LARGER.—Supe que habia reunido una junta de agricultores, y me presenté en su casa como un trabajador, y seguia sus opiniones análogas á las mias sobre sostener á la República.

—El 15 de Mayo, ¿no habeis convocado el batallon de Passy del cual erais comandante?

—Sí, señor: como obrero y demócrata convocaba con frecuencia á los obreros de mi distrito, para darles instrucciones.

—¿Qué decis de esas armas que debian tomar en casa de Sobrier?

—No sé de eso: á todos los gefes de compañías entregaron armas, y yo no tenia.

—No asistísteis el 14 de Mayo á una sesion de club?

—Yo siempre he declarado que me oponia á la manifestacion.

—¿Qué habeis hecho el 15 de Mayo?

—El dia 14 recibí una carta anónima en que se me citaba para el dia siguiente por la mañana en el castillo rojo. Como yo habia sido víctima de las vejaciones de los realistas y de los bonapartistas, tomé un par de pistolas; pero no encontré á nadie en el lugar de la cita. Bajando al boulevard, encontré á Villain que acompañaba la manifestacion con una bandera, asimismo ví á un tal Barater á quien dije. "La funcion ha de ser acalorada y voy á reunir mi batallon." Entretanto, viendo que todos entraban á la asamblea nacional, entré tambien con la intencion de impedir que se hiciese ninguna violencia á los representantes.

—A las cinco y media encontrasteis á uno á quien dijisteis que vos, Barbés y Huber, habiais abolido la asamblea.

—Yo refutaré este cargo con otras declaraciones.

—Y habeis dicho, entrando en Passy, que se habia creado un gobierno provisional, cuya lista enseñasteis.

—Yo no me hallaba en la sala cuando se distribuyó esa lista, y tuve que sufrir las patadas y puñetazos que iban dirigidas contra un representante (risas). Cuando observé que la asamblea se habia disuelto, me volví á Passy y conté lo que habia visto á los que quisieron oirme.

Borme es interrogado. Estaba afectado de una contraccion de nervios en la cara, y su voz estaba débil y balbuciente.

PRESIDENTE.—¿Habeis servido en un regimiento de infantería de marina?

—Sí, señor.

—¿No estabais en el hospital de la marina de Brest en 1840?

—Sí, señor.

—¿Qué enfermedad teniais?

—Adolecia de fiebre de la Martinica.

—¿Qué haciais en París?

—Me ocupaba en la química; y vine á Paris por